



**RED POR UNA AMERICA LATINA
LIBRE DE TRANSGENICOS**

BOLETÍN N° 912

COLONIALISMO MOLECULAR

Un nuevo concepto, para una vieja forma de dominación.

XAVIER, Josilda B.L.M. Universidad del Estado de Bahía - UNEB

<https://www.labcriatumbuzeiro.com/post/colonialismo-molecular-um-novo-conceito-para-uma-antiga-forma-de-dom%C3%ADnio>

Traducción RALLT

Para entender lo que significa COLONIALISMO MOLECULAR es necesario “visitar” la historia y los conceptos del colonialismo, una discusión muy actual entre investigadores de diferentes áreas (Geografía, Sociología, Historia, Economía, Antropología, Ecología, entre otras), que se preocupan por identificar la forma en que el colonialismo se “camufla” para seguir dominando y definiendo comportamientos en todo el planeta. En otras palabras, usando el lenguaje ecológico: cómo el colonialismo usa el mimetismo (camuflaje), como depredador, para sorprender a sus presas, países pobres y/o periféricos, en América Latina, África y Asia.

En su tesis doctoral, Silva (2019) afirma que “El colonialismo en América está en la base constitutiva de la modernidad y del crecimiento del capitalismo global.” Según la autora, el colonialismo es “una práctica de dominación, explotación y jerarquización social derivada de la inferiorización, deshumanización y subalternización, sustentada en la idea de raza”. El proceso de COLONIALISMO TERRITORIAL es un hito de la llamada Revolución Comercial del siglo XI (Moreira, s/d), germen del capitalismo, iniciado en el siglo XIV por el más tenaz sistema de colonización existente, el imperio inglés. (Duarte, 2020)

Sin embargo, el dominio del humano sobre otro humano y en relación con la naturaleza, no terminó; como siempre, el capitalismo ha buscado nuevas formas de colonialidad; uno de ellos es el COLONIALISMO BIOCULTURAL, que destaca Miranda (2017), cuando afirma que “quinientos años después, el nuevo colonialismo está en marcha, siendo la cultura y la biodiversidad los nuevos productos de explotación”. En este sentido, Vandana Shiva nos alerta sobre el



“controvertido patentamiento de formas de vida, que son pretenciosamente redefinidas como invenciones biotecnológicas” (Miranda, 2017).

“La biodiversidad ha sido redefinida como 'invenciones biotecnológicas', para hacer que las patentes de formas de vida parezcan menos controvertidas. Estas patentes tienen una validez de 20 años y, por lo tanto, cubren generaciones de plantas y animales. Sin embargo, incluso cuando los científicos de las universidades mezclan genes, no "crean" el organismo que luego patentan. No en balde el mercado de patentes es un "negocio" en plena expansión.

Otra forma de colonialismo se describe en el artículo, “El colonialismo climático como una nueva estructura hegemónica” de Petra Schönhöfer (2019), en el que la autora llama la atención sobre algunas acciones promovidas por países llamados ricos como Alemania: consumo muy alto de combustibles fósiles, minerales, minerales metálicos y biomasa fósil (en 2018 cerca de 1.300 millones de toneladas), "para ingeniería mecánica, automóviles y equipos electrónicos". En este artículo, se evidencia que "El consumo en Alemania es 10 % superior a la media europea e incluso un 100% superior a la media mundial. (...) Si bien muchos países del Sur Global, especialmente en África, América Latina y el Caribe, dependen cada vez más de la exportación de materias primas sin procesar, la mayor parte del valor agregado se queda en los países del Norte”, es decir una alta tasa de desempleo, devastación ambiental y mano de obra barata en los países explotados.

Lamentablemente, las cifras presentadas anteriormente, en relación al consumo de un país europeo, Alemania, junto con otras naciones industrializadas, son prueba de que estos países viven a costa ecológica de otros países, caracterizando el concepto de COLONIALISMO CLIMÁTICO que configura “... un modelo de desarrollo que genere bienestar para la población de los países industrializados. Un bienestar que sólo es viable gracias a la explotación de los países menos desarrollados. Los países ricos están subcontratando cargas a países con huellas más pequeñas”, explica el biólogo molecular y filósofo Christoph Rehmann-Sutter en su ensayo “Stop Climate Colonialism”. (Schönhöfer, 2019).

El colonialismo, por lo tanto, “está atado a una estructura imperialista de dominación, a través de la cual las naciones construyeron asentamientos en áreas remotas para traer bienes y productos a casa. (...) Teniendo en cuenta lo unilateral que es el poder económico mundial, es claro que esta definición también se puede aplicar a las cuestiones climáticas. (...) Cuando hablo de colonialismo climático, lo hago con la salvedad de que esta forma de externalización espacial y temporal de las áreas productivas hace más difícil reconocer las estructuras imperialistas que los países involucrados emplean para dominar a los habitantes de otros países. Por supuesto, todavía existen estructuras de poder entre los países ricos industrializados y los territorios previamente colonizados por ellos, especialmente a nivel económico” (Schönhöfer, 2019), reafirma el biólogo molecular y filósofo Christoph Rehmann-Sutter.

No satisfechos con las nuevas formas de colonialidad (Colonialismo Biocultural, Colonialidad Climática), los humanos que se consideran una “especie” superior en relación a otros humanos que no tienen el mismo origen territorial, principalmente europeos o americanos, han ido avanzando inexorablemente, con la ayuda de “gobiernos”, con el llamado COLONIALISMO MOLECULAR. (Habitantes, 2018), principalmente con la liberación masiva de plaguicidas.



Para entender este nuevo concepto, no podemos olvidarnos de los otros sistemas de dominio (territorial, económico, biotecnológico) que se han estructurado durante al menos 10 siglos. En este sentido, Mendes (2018) llama la atención sobre “la reciente adquisición de la empresa de biotecnología agrícola y agroquímica Monsanto [EE.UU.] por parte de la farmacéutica y química Bayer [Alemania], unión emblemática de un momento crucial en el curso de la política planetaria. El crecimiento demográfico y la “creciente demanda de alimentos ha permitido promover la agricultura intensiva a nivel mundial. Estos modos de producción de alimentos recuperan modos de producción de monocultivos que se iniciaron con los regímenes coloniales y se intensificaron con la Revolución Industrial, en lo que constituyó un cambio agroeconómico planetario de tremendo impacto”.

Entre los monocultivos que más afectan al planeta, “el maíz y la soja, base de la industria alimentaria a nivel mundial, tanto para humanos como para otros animales (cerdos, aves, ganado, etc.), son los motivos por los que “un grupo de multinacionales de plaguicidas industrias, como Monsanto-Bayer, con sede en Europa, Estados Unidos y China, se ha sumado a la “industria de alimentos y semillas patentadas, produciendo también herbicidas, organismos genéticamente modificados y pesticidas”. Estos productos intervienen directamente en los métodos de cultivo para aumentar la tasa de producción de cultivos, lo que indica un dominio del mercado” (Mendes, 2019).

Europa (principalmente Alemania y Suiza) es líder en ventas de plaguicidas prohibidos en sus territorios, a países de América Latina y África (países del llamado “sur global”) donde literalmente se tiran plaguicidas. La investigadora Larissa Mies Bombardi, del Laboratorio de Geografía Agrícola – FFLCH-USP, en sus trabajos más recientes – “Geografía del uso de plaguicidas en Brasil y conexiones con la Unión Europea” (2017) y “Geografía de las asimetrías, el círculo del veneno y el colonialismo molecular (2021)-, denuncia las formas en que las relaciones entre el Mercosur y la Unión Europea, en las exportaciones de bienes (agrícolas, commodities) y las importaciones de plaguicidas, efectúan otro tipo de colonialismo de los países europeos en relación a los países de América del Sur, incluido Brasil.

Para Bombardi (2017), la relación que se desarrolla entre grupos de países desarrollados y del Sur Global (América Latina y África) es más un tipo de “colonialismo porque reproduce una lógica colonial que ya vivimos y molecular porque estas moléculas de venenos están y estarán impregnados en nuestros organismos, en nuestros ecosistemas”.

En “Geografía de las asimetrías, el colonialismo molecular y el círculo del envenenamiento”, trabajo presentado por Larissa M. Bombardi en el Parlamento belga, el 27 de abril de 2021, compuesto por más de 130 mapas y gráficos que muestran los niveles de residuos de plaguicidas, el concepto de “círculo de envenenamiento” se justifica por el hecho de que “los pesticidas se fabrican en Europa, vienen a Brasil y se usan en alimentos, y regresan a Europa para la exportación” (Bombardi, 2021).

Observamos, por tanto, que el ciclo de envenenamiento es el impacto de los plaguicidas en todo el mundo, incluso en los países productores, afectando a personas, comunidades y ecosistemas. Parte de los plaguicidas “circulan en nuestras vidas durante la producción, adquisición, intercambio, comercialización, manipulación y consumo de alimentos, envenenando nuestro organismo y nuestros ecosistemas, causando no solo problemas físicos [salud mental,



enfermedades], sino también sociales, políticos y culturales en nuestras sociedades” (FIAN-Brasil, 2020).

En medio de tanta debacle, debemos preguntarnos:

¿Hasta cuándo permitiremos que todos los niveles de “esclavitud”, utilizados por los sistemas colonialistas (territoriales, bioculturales, climáticos, moleculares), supremacistas, que se “reinventan” a diario, nos coloquen siempre en una condición de servidumbre, considerando nuestros cuerpos y territorios, como vuestras propiedades?